

(n) Hispani insignia habent e Coelo dimissa; Crucem nimis Christi vexillum, stemma omnium pretiosissimum. Majol. tom. 5. Colloq. 5.

San Roque suvo la gracia de curar, y en que?

Ilust. Cojneij. tom. 3.

nera de los Españoles, y su Escudo de Armas el mas noble: (n) Y esta Venera, y Escudo de sus Armas tiene del Cielo, en su pecho, y cuello, la Imagen de MARIA Sma. en ella, sus antiguos blasones, los de la antigua; y su proteccion, y Escudo de Armas los Patricios de Nueva España.

68. Pero aun tienen mas en estas sus Armas, unos, y otros: los hijos de una, y otra España, y de la Madre universal MARIA Sma. el mas fuerte Escudo contra la Guerrera Pestilencia; y MARIA Sma. en su Mexicana Imagen de Guadalupe las Armas para rebatirla, y especial gracia para curarla. Es tan propia de la Cruz esta gracia, y es esta Escudo tan fuerte contra el Pestilente enemigo, que no contenta la Paternal Divina Providencia con averlo puesto en las manos de muchos sus escogidos para auventarla, pasó á labrarla en el pecho, como Peto, y Escudo de Diamante para repelerla. Doy por mil un tan solo exemplar; el portentoso celebre Confesor San Roque de Narbona, que destinado, y como nacido para auventar enemigo tan poderoso lo armó Dios aun antes de nacer, saliendo á la admiracion, y luz de el Mundo, gravado su pecho con la portentosa señal de una Cruz roxa formada de la misma carne: con esta nació, y vivió toda su prodigiosa vida, que no fue mas, bien observada, que una continua, atareada curacion de sus proximos miseramente apestados. Y con ella en su peregrinacion continuada despobló Hospitales, sanó Ciudades, curó Reynos, llevó á Roma la salud en sus manos; donde herido de peste un Cardenal, con solo hacerle la señal de la Cruz en la frente lo dexó repentinamente sano; bien que dexandole como Autora del milagro estampada la Cruz, y sensiblemente impresa en la frente: la que dándole en rostro al que no queria otra seña de Cardenal, que su salud, le rogaba, borrarse la de aquella soberana merced, que borraria jamas su gratitud. No lo hizo empero su benefactor, queriendo estuviere siempre marcada la frente de aquella Eminencia, con las Reales Armas (le dixo) de su Emperador.

69. Pero esto, que con la milagrosa Cruz de su Peto hizo un solo Cortesano de los Cielos con tantos Reynos, y Provincias, lo ha hecho, y haze, con la de el Escudo que tiene al cuello en su Imagen de Guadalupe MARIA Sma. en los dilatados Reynos, y Provincias de Nueva España; y lo haze con tan soberanas ventajas sobre los Angeles, y demas Santos de el Empíreo, que á su vista no se divisan, ni señalan aun los que tienen esta especial gracia, y proteccion. Y esta á mi veer es la razon; porque gravandose con el tymbre honroso de la Cruz el Escudo de Armas, que ostenta en su Sagrada Imagen; no se observe semejante blason en el Escudo, y pecho del Santo Angel, que la levanta en hombros: como que por mas que este Principe, á fuer de Protector, y Custodio del Reyno lo escude, y defienda de otros mil asáltos, y peligros, cede á su Reyna, como privada, y especial la gracia, que nos traxo del Cielo en su Escudo para amparar, y protexer en riesgo de mortal Pestilencia. No porque no tenga tambien esta virtud, y gracia el Angel Tutelar de este Reyno, y Atlante de la Santa Imagen, ( que entonces no se podia decir lo defiende por todos caminos ) sino, porque quando la muestra, y exercita la tiene de MARIA Sma. en su Imagen de Guadalupe; la que embrazando como Escudo, que con una Cruz esculpido, y nos fundió de Armas el Cielo, haze rostro, y feliz resistencia, á la colera, que espuman los Astros, y el Cielo, al enojo de los elementos, y mancomunado enemigo de una general Pestilencia.

70. Con esta, pues, y ocurriendo á su Asylo, avrá temor, no riesgo, por mas que nos declaren guerra los Cielos; por mas que desgajandose los Astros caigan á apagar en las aguas estrelladas de tan pestilentes influxos, que para

para abrir los ojos de la Alma amarguen los Rios en Absinthios; por mas que obedientes los Angeles den rienda á los quatro vientos, que enfrean, para que con hinchados soplos irriten el mar, muevan la tierra, destronquen arboles, y exciten tempestades pestiferas: porque á esta, y mas furia del Orbe, qua pelear por su hacedor, se levanta en nuestra defensa, y sube por el Oriente, por donde bajó con el Sol que vistió la Imagen de MARIA, el bello Angel, que la levanta; quien teniendola, como Escudo, á dos manos, y en ella la seña saludable de Dios, que vive, y que dá vida; dá gritos á los Soberanos Ministros, que aprestan nuestro daño, y castigo, diciendo: No dañeis aun, desenfrenando los vientos, á la tierra; detened la plaga aun en los arboles hasta que señalando con la Cruz de este Escudo á los que son siervos de Dios porque se protexen de MARIA, queden preservados del castigo, y libres á su sombra de tan irremediable Plaga. Pero esto, y mas tiene que designar la pluma, en la singular gracia, que escudandose de la milagrosa Imagen de Guadalupe, alcanzó Mexico, libre de la fatal Pestilencia, que ya aterroriza la Pluma.

## CAPITULO VI.

Auxiliada del tiempo, contrario tambien á la salud asedia á Mexico la siempre enemiga Pestilencia: Atrevese la Pluma á espiarle aunque de lexos lo ardiente de su condicion, furtivas entradas, y primeros asáltos de su coraje.

71. Como que el tiempo no anduviese siempre de tropa, y capitaneado tantos enemigos guerreros como instantes, no se armara de otras tantas puntas, como puntos; nos pone, y o pone para combatir la sanidad ciertos Presidios, Sitios, ó Estaciones, aun de aquello, que no puede estar, de sí mismo. Muchas son las que sin poner, como dicen, pie en postura, no fixa de planton á carrera larga, y largo tiempo; y no menos, que quatro cada año. La Estacion del Invierno, la primera, y mas rigorosa de su asedio; tan sobre la humana resistencia, y fuerzas. que señoreada, á mas de las Armas, de los campos, hace retirar, huir, y aun temblar qualquiera otra milicia, aunque sea la mas veterana: es de viejo; pero enemigo; yerto, pero curtido en las campañas, su coraje, su seño, y fiera catadura: despoja quanto encuentra en el campo, los troncos de ramas, las ramas de ojas; las ojas, huertos, y Prados de sus galas: apressa con grillos de yelo los Rios; pone fuego á Selvas, y Montes, quemandolos, con brasas de nieve; encapota al Cielo; irrita al Mar; commueve tempestades, y vientos: espeluzo, y horroriza los cuerpos mas sanos, que despues de aver huido, temblando de el asáltos, se cargan de vellozas martas, y para mejor huir sin pelear se arman ( dixo el Pontano ) (a) contra este su atroz enemigo. No es menos cruel la Estacion del Verano, militar entonces visono, que haciendo colera, y espumandola aun contra los mas aridos troncos, hace verdeguear quanto tiñe, y herbir en sangre quanto toca: Neron de la salud, que desde su florida Tarpeya vee abrafar en verdes llamas los Prados, y por anteojos de su vegetable Esmeralda se finge verdoros lo que es sangre; salud lo que es enfermedad; pues la mas grave, que es la falta de juicio, es en sano Aforismo la primera con que iuele hacer guerra: VERE INSANIA, &c.

72. Passa no solo á sangre, sino á fuego en la ardiente Estacion del Estío, muerte de las hierbas, fogosa peste de los Campos, deliquio de Arroyos,

Virtud de la Cruz en el Escudo de la Imagen de Guadalupe contra la Pestilencia.

Apoc. cap. 7. v. 1.

Estaciones belicas las del año.

El Invierno.

El Verano.

(a)

Corpus villosa tegmine involvitur, & tanquam adversus hostem atrocè obarmatur. Pont. volum. 3. p. 1. pro. 17.

Hypp. lib. 3. Aphor. 20.

El Estío.

(b)  
Quod calorū  
vehēmētia cre-  
atur morbi, &  
pestilētia sēvit  
inclementius.  
Pont. ub. supr.  
Junio con el  
Otoño.

(c)  
In Autumnum  
porrō quam in  
æstatem majus  
morborum ag-  
men irrumpit, &  
quidem acutissi-  
morum exitiali-  
umque.  
Pont. ub. sup.

(d)  
In temporibus  
cum eadem die  
modō calor, mo-  
dō frigus sit Au-  
tūnales morbos  
expectare oportet.

Hypp. lib. 3.  
Aphor. 4.  
Prende la  
Pestilēcia en  
Mexico.

(e)  
Regio eorum  
palustris, calida,  
aquosa, & den-  
sa, imbreque in  
eā decidunt om-  
nibus tempori-  
bus, & magni, &  
impetuosī; ho-  
mines vero ipsi  
vitam agunt in  
paludibus, do-  
mosque ligneas  
& ex arundini-  
bus in ipsis aquis  
habent extructas  
neque multū in-  
dē prodeunt, ut  
adeant emporia,  
vel urbes: verum  
naviculis ex uno  
ligno fabrefactis  
permeāt sursum,  
ac deorsum.

Hypp. de Aere,  
Aquis & locis.  
Suolo de Mo-  
xico qual?

32  
CELESTIAL PROTECCION AJ  
royos, y Rios; sequedad de las fuentes; sed, y mortal sudor de los vivientes, que sepultandose en vida apetece las cavernas subterranas por sepulcros, y sus tristes sombras por frias; eleccion de instinto en los brutos, y de necesidad en los hombres, á causa de que empollandose en el horno de la tierra, y con la vehemencia del calor muchos achaques, nace picando el Basilisco de una Pestilencia inclemente: (b) Mas cruel quando convenidas todas tres Estaciones en una, no es temperie, es desigualdad la que domina: en solo el periodo de un dia hace que apure su sufrimiento, y eloquencia la sabia, combatida Naturaleza; que comienze á orar tibia, prosiga ardiendo, y tirite quando perore: es este el inquieto Cesar del tiempo, que dividiendo con el lluvioso Jove su imperio, parte los dias con el calor, y las noches con el Invierno; por esso es aun sobre el ardor del Estio mucho mas pernicioso el Otoño; porque á causa del tyrano dominio de esta su inconstante intemperie marchan á su Estacion en mayor numero las tropas de las enfermedades, mortales todas en las muy agudas puntas, que esgrimen: (c) Estas son los primeros frutos del Otoño, y los que Hyppocrates esperó coger en todos tiempos, siempre que se alternassen, y partiessen el imperio del dia frio, y calor: (d) Cogiólos, pues, Mexico, y con tan lamentable abundancia, que bien la creyó Pestilencia.

73. Eran ya los fines de Agosto del pasado 1736. quando á la parte Occidental, y Pueblo, que dixerón TALCOPAN, oy TACUBA, distante de la Ciudad, como una legua, comenzó á sentirse entre los sirvientes de un Obraje, y possession de un noble vezino de Mexico; una fiebre que aunque se creyó fruta del tiempo, juntaba con lo agudo, y mortal de la que dispara desde su nociva Estacion el Otoño, lo venenoso, y pestilente, con que fuele teñirla el Estio. A esta, pues, fiebre, que para ser mucho con el tiempo, tuvo no poco, pareciendo nada al principio, bastaba solo el tiempo mismo, y la conspiracion, ó confederacion perniciosa de sus dos mas crueles Estaciones; en que parece que iluminada de todo el Sol la sabia Astræa, y Celeste Signo de Virgo, da la mano al de Libra, cuyas balanzas carga de lo mismo que siega, y en que balanza la mortal vida, contrapesada, con la enfermedad la salud. Pero á tan copiosa lamentable cosecha ayudó no menos el tiempo, que el suelo. Es el de la Ciudad de Mexico, y sus contornos sobradamente fertil para tan perniciosa simiente: Region ( como la que observó de los moradores del Phasis Hyppocrates ) cuyos suelos son Lagunas; calida por naturaleza ( por mas que nos engañe el Ambiente ) copiosa de aguas, espesa de vapores, combatida regularmente en todos tiempos de grandes impetuosos aguazeros: cuyos vecinos viven, y mueren tambien por sus Lagunas; en cuya inconstancia les dan casas las cañas verales, y maderas; y un tronco el mas grueso, y mal labrado las navecillas ó canoas para el trafico. (e)

74. Y si alguno le duele el corejo no se quexe tanto de mi, como de su primer Autor el Dr. Diego Cisneros, celebre Medico, y Astrologo en esta Ciudad, donde escribió é imprimió con grande aplauso su SITIO NATURAL DE MEXICO, no alumbrandole poco el alegado texto de Hyppocrates, que promueve mas diffusamente. Quexese tambien de un Medico de tanta importancia como creo lo seria para Mexico, el Dr. D. Felix Vela de el Castillo, que fue de la misma opinion, y creo que sin averlo aprendido de Cisneros, segun se desentiende de su nombre. Pero como quiera que de este ultimo no estè de manifesto su sentir ( que solo discurro oy en mi poder ) y el primero se aya demasadamente escaseado no omitiré el que aunque mas antiguo, mas obvio, bien que con sus ciento, y treinta años

33  
años de impresso, nos dexó el Dr. Juan de Barrios, no menos ingenio, aun siendo nacido en España en los dignos elogios de Mexico, que en lo que sintió de su suelo.

75. „ Tengo ( escribe este Autor ) por muy cierto, que en el Mundo no huviera mejor Ciudad, que esta de Mexico, como no tuviera tantas Azequias, y se recogiera tanta agua al rededor de ella, por lo qual es sugeta á ( malignas pestilentes fiebres, que es lo que explicó con esta antiquada voz ) „ Tabardetes. Y lo que Dios no permita á anegarse ( aun no estaba tan corriente el Desague ) porque no tiene corrientes ningunas, y toda la agua que haze en ochenta leguas, segun dicen, que ay al rededor por estas Serranias toda ella el zumidero es donde está situada Mexico. Y assi si esto no tuviera fuera Ciudad la mas sumptuosa de todas las de España, porque si se considera la templanza de esta Ciudad, es que jamas se ha visto; porque en una propria calle estando al Sol se siente buen calor, que no se puede sufrir, y estando á la sombra se siente frio tan templado, que es cosa de admiracion; y con esto podemos decir, que admira este temple; pues se ve muchos años por tiempo de seca aver temblores de tierra, y tambien vemos levantarle Ayres, y estos tener tan mal olor, que es menester sahumar las Casas, y no basta; y con todo esto no ay peste, ni vemos por estos tiempos enfermedades contagiosas, y malignas, y si en España huviera este mal olor, y estos temblores por momentos se inficionaran de graves enfermedades. Hasta aqui con tanta ingenuidad este buen viejo, que á veer oy á Mexico no le pusiera la falta de enfermedades contagiosas, en que ojalá no se asemejasse á la Europa. Y aunque entre otras avian padecido estos Reynos dos bien lamentables; la una que se llevó ochocientos mil de los Indios; y la otra dos millones, quizá se le hicieron mayores las de España. Pero solo habló, á lo que entiendo, de lo que regularmente se vee.

76. Sinó en otra ocasion, en la presente, y sin mas causa exterior de terremoto, ó gravolencia; solo con la que levantó aquella pestilente llamarada en el Arrabal de Tacuba se sintió Mexico á pocos dias lastimosamente inficionada. Los primeros, y mas vivos estímulos al contagio fueron las que á la piedad Mexicana apretó espuelas la Caridad. A pocos dias de aquel primer asalto, y tan pocos que eran los primeros de Septiembre se halló facilmente enseñoreada la Pestilente Fiebre no solo de los sirvientes todos de aquel Obraje vaporoso, que entre sus lanas maduraba el fruto al estrago; sino de otros muchos vezinos, y contornos de Atecaputzalco. HORMIGUERO llamó á este lugar ( quizá por la muchedumbre de gente ) el Mexicano; y siendo ya ahora, como un Hormiguero de enfermos, bien necesitaba por el rigor con que avia prendido, y los iba acabando la fiebre; que otro Eaco alcanzasse que se hiciesen las hormigas hombres, pues se morian los hombres, como hormigas. Apelóse, no tarde, al auxilio de la Medicina, y deshechada la propriamente rustica, que no sé si con buen efecto, se practica fuera de las Ciudades, se conduxo de esta, la urbana, bien que en la brida de la limitada Cirujia. Pero luego á su primer socorro, se descubrió la poderosa resistencia del achaque á las baterias de Esculapio. No desmayó la aplicacion laudable de algunos, que ya que no avian podido evitar en los mas dolientes la muerte, pretendian sacar de ella la vida, levantando en destrozos de los cadaveres una maquina de sanidad, para otros cuerpos. Fallóles tambien esta diligencia del valor; porque palpando en su exquisita Anatomia los estragos, hallaron quanto mas muerta la vida, viva la muerte, y el contagio. Descaban acaso con especulacion tan costosa im-

Barr. lib. 2.  
cap. 7.

Temple de  
Mexico.

Atecaputzalco,  
Hormiguero,  
pero de enfermos.

mortalizar en los Altares de Esculapio, o bien su fama, o la misma vida que arriesgaban; pero observando con inmoble pestaña todo un volcan fofoso, en los senos de un cadaver elado, frios no menos, quando asfaltados del achaque que Empedocles caian, abrafados, y muertos en el Etna de aquella fiebre.

Horat. in Art.

Deus immortalis haberi  
Dum cupit Empedocles ardentem frigidus Etnam  
Influit.

Tales fueron dos diestros Cirujanos de Mexico; matólos su aplicacion; fino es que reflexando la escasa merced, que podian recabar en la cura de tan pobres dolientes, digamos que fue la Caridad, la que como apunté sopló la encendida fiebre, con sus alas.

Rezelos de  
Pestilencia en  
Mexico no se  
creen y porque?

77. A este primer asalto que ya se enayaba en estrago, no omitieron los sabios, y primeros alumnos de Hyppocrates conciliar para Mexico varias precauciones prudentes de medicinales sahumerios, vapores, riegos, separacion de los enfermos, cautela de los sanos, y otras, q uó con felicidad su gran Maestro, para cortar el buelo a aquel monstruo, que viene (como se explicò Ficino) volando. Pero sin la menor nota en la prudencia, constando acafo la causa peculiar, que quizá expressaré despues, y huvo alli para que huviesse picado la Fiebre; no fue tan bien oído un presagio, que a mas de funesto, suele hacerse en melancolicas vigillas, por solo los signos del temor. Pareció con razon, sino mas precisa, mas urgente la curacion de los desvalidos enfermos; que no la preservacion de los sanos; y metiendo el hombro la Caridad en todo sufrida, a tanto daño, echò a espaldas el riesgo, haciendolas a muchos, que abra- sando las fuyas en la ardiente fiebre de los enfermos, que cargaban, los iban conduciendo a uno de los Hospitales de Mexico; y a aquel que entre otros es Real indicio de la piedad de nuestros Catholicos Monarchas para con sus pobres, y dolientes Vasallos, los Indios. A pocos dias de esta trabajosa conducta comenzó el Hospital a resentirse con tantos, y tan gravosos huespedes, que siendo grande su multitud, la excedia su malignidad. Todo herbia ya en esta caritativa oficina: ella en enfermos, los enfermos en fiebre, la fiebre en veneno, el veneno en la sangre, y en ella tambien la Pestilencia.

No se conoce  
la enfermedad.

78. Era esta, y mucho mas a los principios el escandalo del Iman, que atraiendo las templadas auxiliares armas de Hyppocrates, atraía tambien a los que mejor las manejaban, arrastrandolos, como por yerro a la piedra de su deguello. Era el esfuerzo, aunque al parecer contemptible, de la Remora, que apegada no solo a Navichuelos de corzo, sino a las mas capaces Naves, las baraba en su curso, por mas que cargadas de Arcanos, y ricas Mercaderias de Remedios, las impeliessè a cortar el vasto mar de la Medicina, el bien gobernado Timon, hinchadas velas, y favorable viento del aplauso. Y era uno, y otro no solo en la atractiva virtud, sino en su in- averiguable qualidad, que corriendo quando mas se tiraba a conocer, sobre el estrago, se esugiaba al impenetrable Asylo de oculta (assi lo oi explicar a quien tenia mucha obligacion de saberlo) tan arcana se observa- ba en su naturaleza; tan obscura, y rebesada en sus symptomas. Y si algo permitió a la curiosidad, que observandola solo a lo lexos, la vería quizá por antojos; fue la que en el Hospital General de las Epidemias de Hyppocrates se permite aun veer, sin el riesgo de contagiarse en la Sala de su 3. Libro, al doliente del numero 9. que es aquel su Heropyto Abderita, quien parece se nos replicó en muchos nuestros, descripta la presente en- fermedad, en toda su permitida latitud.

Sombrease con  
Hyppocrates.

79. A todos, y a cada uno, quando ( como dicen ) mas tiesso asfaltaba el dolor de cabeza; postrabase en cama ( y quizá en el camino ) a breve tiempo: arrebatábalo fiebre no menos aguda que ardiente: de muchas coleras eran desde el principio sus vomitos, con tanta sed, como molestia: delgada, y negra a veces la orina: vago su sedimento: pessada la noche, y dolorosa, exacerbandose alternadamente la fiebre, bien que haziendo sus vezes el desorden: crecian a largos terminos los symptomas: la sordera cerca del catorzeno, con sensible aumento en la fiebre; sin restañar su observado curso las orinas: al vigesimo, y siguientes dias el delirio: a los quarenta, menos turbada la razon, fluyendo por las narizes mucha sangre: tenaz la sordera, aunque menos remitida la fiebre, continuado a otros dias, aunque menos copioso el fluxo: cessaba a los sesenta; pero con aumento en la fiebre, y un fuerte dolor en una pierna, que a breve tiempo atormentaba todas las partes inferiores: acontecia ya ser mayor la fiebre, y la sordera; ya los dolores en las piernas, y sus contornos; pero remissos a los ochenta dias si corria tan largo el doliente. A tanta tierra, sino se avia cavado el sepulcro, se asomaba en la orina el color de oro, y cavaba constante la razon. No faltaba el ultimo peligroso symptoma a los dias ciento: turbabase el vientre en colericas commociones; quebraba en fluxos, y en desenterias, con dolores. Si avia aùn, como huvo hasta aqui vida en Heropyto; se aquietaba todo, cessaba la fiebre, y sus symptomas: hacia a ciento, y veinte dias perfecta crisis, en que juzgando el mismo Hyppocrates pronunció este fallo: FIEBRE ARDIENTE. Hasta aqui aquel enfermo, y cõ iguales symptomas muchos nuevos. Si algunos no llegaron a tanto, no fue por falta de enfermedad sino de aliento: si ninguno de muchísimos que padecieron quatro meses, sirva el cotejo de descripcion, no de precepto.

Hyp. de morb.  
Popul. lib. 3.  
Egrot. 9.  
In Abderis Herophytus erecte obambulaus caput dolebat &c. usque ad finem.

80. Servirá empero una ruda, generica expresion de sus mas principales symptomas. Provenian estos de la dolencia principal, y esta del Ayre; que como se executorió pestilente no le podemos dar otra causa, al menos que entre las que se dicen comunes, influyessè mas proximamente: razon; porque tambien sus symptomas refundiremos en el Ayre, no sin beneplacito de Hyppocrates, cuyo merecido Magisterio afirmó resolutoria- mente ser este ( aun quando dexa de ser tal por corrompido ) el elemento, causa, y fontal origen de todas, y qualesquiera enfermedades, comenzando por la que se dice Fiebre pestilente, como demuestra por todo su ope-roso libro DE FLATIBUS; en cuya doctrina, como mas libre, ó que lo debe estar de contensiones texerè mi simple Narracion. De el Ayre, pues, nacia, crecia, y se multiplicaba aquella fiebre; pero de aquel que si hemos de estar a sus principios se llamarà Ayre, si està fuera, y espiritu, ó flato quando ya señoreado del cuerpo. Enseñoreabase, con mas tirania que dominio; pues corriendo como Ayre, tras sus indefensos Vasallos, y echando dentro todas sus Armas, y valor, lograba este su ardiente espiritu dominarlos, pero con la necesidad de destruirlos. Atraíanlo, como todos lo atraen, para su vida; pero atraían en el mismo su muerte: anhelabase para el preciso respirar, y era lo que mas conseguian espirar. Comunicabase a todos este espiritu, enemigo mortal de los vivientes; pero no era mortal para todos.

Symptomas  
principales de  
la Epidemia.

81. Por mas que comunes naturaleza, cuerpo, y nutrimento, los distingue el orden, y los contradistingue el desorden: no se prende aquella sino es polvora; no se abraza el cuerpo sino ay fuego, ni el ayre es nocivo al nutrimento, quando regladas la comida, y bebida; ni para aquella se trafega otro elemento que la tierra; ni para beber, sube desde la tierra

(f) Infrigidatis autem locis his uide fontes, & radices sanguinis prodeunt per uniuersu corpus horror cosequitur. lib. de Flat.

(g) Sanguine autē abundātes propter sanguinis multitudinem, & tremunt, & inflammationes fuscitant. Nequit enim fieri ut sanguinis multitudo coquiescat. Idem Ibidem.

(h) Sanguinis transitus in capite magna angustia coarctatur. Repleti enim sunt multo aere. Cujus abundantia accōclusio dolorem excitant in capite. Sanguis enim ipse natura calidus existens per angustam viam transire celerrime non potest; cum multa impedimento sunt obstacula, & opilationes; quapropter etiam pulsus fuit circa tempora. Id. Ibid.

(i) Quibus quidē bene ac largē sanguis per nares erupit, per hoc maximē seruebantur, & nullū novi qui in hac constitutione mortuus esset si recēdē ipsi sanguis profluxisset.

la agua á usurpar al fuego lo ardiente. Sin tanto exceso basta su malicia al estomago para sentina, y receptaculo del daño, „ Es evidente (dixo observando la presente constitucion un Sabio Medico, no lexos del dictamen de Hyppocrates) „ es evidente, que los primeros principios, y estaminas „ originarios de la enfermedad empiezan sobre el estomago, é intestinos, „ donde excitando un flato inflamatorio, y caliente, la digestion se interrumpe, y pervierte, impidiendo á un mismo tiempo la debida separacion de las partes mas fluidas del chylo.

82. Pero dexando por ahora la pestilente fiebre en el ayre, nos la descubrian en los cuerpos, varios symptomas, ocasionados de su nocivo espíritu. Era el primero, y mas sensible cierto horror, y tremor, que como preludio á la intestina guerra de la fiebre, excita aquel espíritu enemigo, que como animando el clarin á la batalla, corre por todo el cuerpo enfriando los vasos sanguineos, que son á los que se dirige con mas fuerza. De donde en laudable juicio de Hyppocrates, procede, que yertos aquellos conductos de que corren las raizes, y fuentes de la sangre, se espacie á todo el cuerpo el horror. (f) Seguiase inmediatamente el tremor, que movido por las vibraciones del flato, ú espíritu nocivo, sobre la piel de los ya heridos cuerpos, los pulsaba, como Caja de guerra, que tocando á retirar la misma sangre la haze huir por todo el cuerpo hasta refugiarla en las partes de mas calor. De que proviene, segun el mesmo Hyppocrates, que tiemblen, y se estremezcan las carnes, y partes interiores. Pero con esta diferencia, que las unas, como exhaustas de sangre se commuevan apenas, quando les roba la fiebre su calor; empero las que abundan en ella se estremezcan é inflaman por la misma abundancia de la sangre, cuya multitud no puede lograr descanso alguno, que es acaso lo que con mas pompa de voces, y asignacion de vasos, oy se dice circulacion. (g) De la misma causa provenia como afeccion inseparable de la fiebre, aquel dolor vehemente, que como si el soplar, y pulsar de su marcial espíritu causassen estruendo verdaderamente sonoro, atormentaba desde que comenzaba el combate, la cabeza. Y es (dice el mismo) que detenido en ella con mucho de aquel ayre, ó espíritu el transito, y curso de la sangre excita, y causa aquel dolor su misma detencion, y abundancia: y da la razon; porque siendo de natural ardiente la sangre, forzada á passar, y hallando embarazado el camino, no puede correr, como acostumbra; por lo que á mas del dolor de cabeza, excita aquellas violentas pulsaciones, que se sienten tambien (h) en las sienes.

83. Sino todas las mas vezes quebraba esta violenta prission de la sangre en precipicio; esto es, en un fluxu de la que en el combate hazia por el canal de las narizes, fuga no menos copiosa, que violenta. Peligroso igualmente que molesto fue en la ocasion presente este symptoma; que aunque en semejante Hyppocrates lo observó saludable fue si bien se entiende, con la emphasis que expressa, en el 1. de sus Epidemias de bien regulado por la Crisis: (j) Lo que saltaria sin duda en este caso, pues embarazadas (como dixen) las arterias capilares, y vasos lymphaticos; y circulando la sangre solamente en los canales mayores, es como forzoso que se revierta sobre las arterias de las narizes, y partes contiguas, cuya resistencia, siendo menor, que el impetu, y movimiento de la sangre, se siguen dichos fluxos, aqui symptomaticos, y allá en la observacion de Hyppocrates, criticos. Y bastando hasta aqui la que ha hecho la curiosidad, acaso mas reprehensible, que laudable, passo á las que como en mies propria hicieron los Profesores Medicos.

CAPITULO VII.

Nocivos progresos de la ya vigorosa Epidemia especialmente entre los Indios: observaciones hechas por los Medicos assi del rigor, y symptomas, con que invadia como de su naturaleza, y formacion.

84. Modo que fuesen los Medicos de la classe de los Artifices, que en docil materia, al facil manejo de instrumentos, reducen á practica su theorica; los juntó el Magistral Horacio queriendo desempeñen sus obras, como los Artifices las suyas.

.....Quod Medicorum est Promittunt Medici: tractant fabrilia fabri.

Horat. lib. 2. Epist. 1.

No quiero decir, como parece que maliciosamente enfatico dixo el satyrico, que lo prometen solo los Medicos; sino que tambien lo desempeñan: pues encendiendo á esmeros de su aplicacion, y soplos de su diligencia la operosa fragua de su idea, caldean, y forjan en ella varias puntas, que templadas en la corriente de la Dosis bastan á repeler las de la enfermedad; con su fuerza, y á hacer guerra á las que nos la hacen. Pero esto queda todavia en sola una especulacion, bien que laudable. Practicase con felicidad, quando calandose intrepidamente cada uno de estos nobles Artifices á la abochornada Oficina de un Hospital, ardiente fragua de una cama, y yunque sufrido de un enfermo, caldea, y forja sobre el aquellas armas, que tomándolas se le hacen menos encendidas, como queden las de su fiebre mas templadas.

85. Herbian no solo, sino ardian á los ultimos meses del año, primeros de la plaga, el Real, y demas Hospitales de Mexico; y se abrasaban en enfermos en que herbian unos, y otros: porque á manera que algun novel influxo, visfio moderador de los Astros, precipitando descabellada alguna estrella, huviesse bolcado la carroza del Sol, sobre el orizonte de Mexico, ardia ya su Cielo, y su suelo, su Laguna, y orillas, sus pueblos, y Barrios, sus vecinos Montes, y contornos. Y aunque todo humicaba, y ardia en vivas, si moribundas brasas de enfermos, en que avia prendido la fiebre; nada mas que los Hospitales, y todos menos, que el que quiso ser Real hasta en la plaga. Era este el mas comun asylo, á que como á fuente de la salud refugiaban los Indios desvalidos la que ya les desmoronaba el achaque: y era tambien el Mappa mas puntual del destrozo, que con solo describirle al Etna sus senos, sus cavernas, y tiznadas paredes á Liparis, se podia disenar su buque, y otra mas ardiente oficina, que la que alli le fingió la supersticion á Vulcano. Trabajaba en ella continuamente, caldeando en la fragua de la encendida fiebre su talento, de oro á la verdad, y limandolo mas, y mas en el potro, ó banco de una continua observacion á la cama del doliente mas miserable, tan buen Medico, como lo fue el Dr. D. Joseph de Escobar, y Morales, uno de los nobles ingenios de que es tan fecunda nuestra America, cuya aplicacion igualmente aprovechada, que incansable logró con el del Grado el lauro en todas Facultades, y dos Borsas en las de Derecho Civil, y Medicina: estendió su capacidad á otros estudios; al sabroso de las Mathematicas de que fue Cathedratico en la Real Universidad, y al prolijo de lenguas estrangeras, principalmente de la Griega, en que para mas tenerla de Hyppocrates, logró razonable inteligencia.

86. Y aunque se señaló en todos su ingenio fue insigne en el que

Hospital Real de los Indios.

Dr. Escobar Medico de el Hospital Real de los Indios.